

LOS ROMANCES FRONTERIZOS COMO FUENTE HISTORICA

Angus MACKAY
Universidad de Edimburgo

Los romances fronterizos forman parte de un grupo más amplio de romances, los llamados noticieros. Pero este grupo contiene algunos otros romances, como los del ciclo del rey don Pedro el Cruel, que yo creo deben considerarse como romances fronterizos o por lo menos romances andaluces (1). Estos son los romances que, para así decirlo, constituyen «el archivo» para esta conferencia.

Espero que el tema sea de interés para los historiadores. Se trata de un problema fácil de formular pero difícil de resolver. ¿Es que esta poesía, siendo literatura, es historia también? ¿Y si la respuesta es afirmativa, de qué tipo de historia se trata? Ahora bien, precisamente porque este es un congreso de historia quisiera empezar jugando el papel de «abogado del diablo», repasando brevemente los argumentos en contra de los romances viejos como historia. Al hacer esto, no me voy a limitar a los romances fronterizos y noticieros sino que voy a tratar del romancero viejo en general. Debo aclarar, también, que nadie, que yo sepa, haya negado que los romances tienen algún interés —por atenuado que sea— para el historiador. Al fin y al cabo la literatura forma parte de la historia. En realidad se trata de un problema mucho más complicado.

Según un modelo bastante difundido hoy en día, los romances en general pertenecen a la llamada «tradición pequeña» (2). La «tradición grande» era más o menos la erudición y cultura de las universidades, de las escuelas, de los letra-

dos etc. La tradición pequeña era la cultura popular de los iliteratos o semi-literatos. Estas tradiciones no coincidían con las distinciones sociales —había muchos nobles y caballeros, por ejemplo, que casi no podían leer ni escribir. Tampoco había una barrera insuperable entre las dos tradiciones porque, aunque fueron muchos los que quedaban excluidos de la tradición grande, todos podían participar en las fiestas, farsas, y romances de la tradición pequeña, y además las dos tradiciones podían mutuamente influirse.

Los romances, pues, se integraban en lo que el alemán Herder llamó «el archivo del pueblo» (3). Sin embargo, en cuanto a la historia, era y es un archivo bastante raro, sobre todo con respecto a los romances porque éstos demuestran unas características que son verdaderos obstáculos para el historiador —por ejemplo, cierta falta de precisión, una trayectoria de duración cronológica casi eterna, una gramática errante de cuentos y temas, y una dosis muy fuerte de fórmulas y frases hechas.

En primer lugar debemos preguntar si podemos relacionar los romances con épocas determinadas de la historia. Los siglos de vida oral de los romances, aún teniendo en cuenta la importancia de las variaciones, y su difusión a otros países y hasta continentes, debida muchas veces a los judíos, constituyen un fenómeno digno de meditación. Basta pensar en la difusión increíble del *Romance de Gerineldos* para darnos cuenta de que los romances poseen calidades eternas que, fuera del contexto histórico, atraen a gente de todos los países y de todos los siglos. Como los cuentos tradicionales que empiezan «Erase una vez» o «Erase que se era», la atracción de los romances a través de los siglos no tiene nada que ver con la historia, y no sorprende que algunos eruditos hayan sostenido que los romances deben ser estudiados en términos de una coherencia interior y literaria sin referencia a los datos históricos o sociológicos (4).

Los problemas se multiplican al considerar los cuentos, temas y fórmulas del romancero en su totalidad —no solamente en España, sino en Dinamarca, Escocia, etc.— porque estos elementos se difundían fácilmente y pueden surgir, por ejemplo, tanto en Dinamarca como en Sicilia. Se ha sostenido, pues, que tanto los romances como los cuentos folklóricos deben ser considerados como combinaciones de formas elementales que son de alguna manera formas hechas. Temas y hasta episodios enteros, por ejemplo, pueden errar o flotar de un romance a otro —así que tenemos el tema del rey disfrazado que habla con sus súbditos, el tema de la vuelta del héroe, el tema de la visión profética (como en el *Romance del pastorcico profeta*), el tema de la declaración de amor (como en el *Romance de Abenámar*), el tema de *La bella malmaridada*, etc. Tal vez,

pues, debemos analizar el romancero europeo de la misma manera en que Lévi-Strauss analizó los mitos amerindios —es decir como transformaciones mutuas, los unos de los otros— utilizando al mismo tiempo los índices temáticos elaborados por el folklorista norteamericano Stich Thompson y el estructuralista ruso Vlasimir Propp. De esta manera tendríamos las reglas o la gramática transformacional de estos elementos del romancero, y cada romance demostraría su afinidad con otros (5).

Otro problema que se presenta al historiador surge de la gran cantidad de fórmulas verbales, seguramente históricas, empleadas en los romances (6). En el caso español se ha sostenido que más o menos treinta y cinco por ciento de las líneas de los romances son fórmulas o frases hechas de continua aplicación: «Allí hablara Fajardo/bien oyreys lo que dezia/Calles calles señor rey/»; «Ellos en aquesto estando», «La mañana de San Juan», etc. Relacionados con estas fórmulas tenemos también los casos de repetición y paralelismo: «Lorca y Murcia son, señor/Lorca y Murcia, que no más/»; «Casada soy, rey don Juan/Casada soy, que no viuda/»; «Caballeros de Moclin/» Peones de Colomera/» etc. En estos casos, sobre todo en cuanto a las fórmulas, se ha sostenido, siguiendo los modelos de Parry, Lord y Buchan entre otros, que estas frases hechas eran, para el cantante, un recurso para reposar en medio de la narración y para pensar en cómo seguir (7). De esta manera, pues, no podemos aceptar que algo en realidad ocurrió en la mañana de San Juan o que peones de Colomera acompañaban a los caballeros de Moclin, porque estas frases corresponden al artificio literario, o mejor dicho a los recursos de la técnica narrativa.

Resumiendo, pues, lo único que el historiador puede hacer es suponer que, en un sentido muy general, los héroes y los malos de los romances viejos forman un sistema que pueda revelar algo de las actitudes sociales de la tradición pequeña. Por ejemplo, el Profesor Smith, después de revisar el papel de los reyes en los romances viejos desde el rey Rodrigo en adelante, sostiene lo siguiente: «Me parece que estas actitudes hacia los reyes no tienen nada que ver con los reyes históricos» —por ejemplo, el rey Rodrigo o Alfonso VI— «sino que reflejan un desprecio hacia los reyes del siglo XV —es decir, los reyes de la época en que estos romances se componían» (8).

Basta ya de los argumentos negativos. Quisiera ahora examinar aquellos rasgos positivos que puedan interesar al historiados. El hecho es que tanto los romances fronterizos como los romances noticieros se distinguen de los demás de una manera muy importante.

En primer lugar, y contrastando con los romances viejos que fueron com-

puestos siglos después de los acontecimientos que pretendían narrar, los romances fronterizos y noticieros más o menos nacieron a raíz de los sucesos en ellos contados. Diego Catalán, por ejemplo, ha demostrado que el *Romance del Prior de Sant Juan* fue compuesto poco después de 1328 —hecho este que testimonia «que el noticierismo romancístico existía ya en la primera mitad del siglo XIV» (9). En el caso del *Romance de Alora la bien cercada* unas palabras de Juan de Mena, refiriéndose a Alora como «la villa no poco cantada», demuestran claramente la coincidencia entre la muerte del adelantado y la composición del romance (10). En cuanto al *Romance de Abenámar*, tanto Menéndez Pidal como Torres Fontes han subrayado la importancia del testimonio de Hernando de Baeza, quien, escribiendo a finales del siglo XV, habló de Abenámar como «aquel a quien dize el Romance que preguntó el rey don Juan: «¿Qué castillos son aquéllos»? «De modo que», según Menéndez Pidal, «casi podemos tomarle como un testigo presencial del nacimiento del romance coetáneo al suceso que celebra» (11). Por otra parte el profesor López de Coca, después de analizar la documentación relacionada con los acontecimientos en el *Romance de Rio Verde*, sobre todo en cuanto a la suerte corrida por Juan Arias de Saavedra, concluyó así: «me inclino por considerar al igual que Menéndez Pidal y tantos otros que los romances fronterizos se cantaban a raíz de los sucesos que reflejan, ofreciendo el encanto de lo instantáneo» (12). Conclusión ésta que vale para todos los cuatro romances examinados hasta aquí. Y en cuanto a los demás romances noticieros quedan más datos para examinar.

Me refiero a la circularidad entre las dos tradiciones, la grande y la pequeña, que podemos detectar en las crónicas, por una parte, y los romances por la otra. La semejanza entre lo que narran las crónicas y lo que narran los romances es a veces realmente sorprendente. Solamente, por ejemplo, hay que echar un vistazo al *Romance sobre la muerte de Don Enrique de Guzmán* y a las crónicas de Don Juan II y del Halconero de Juan II para darse cuenta de que las coincidencias son extraordinarias (13). Aún más llama la atención las coincidencias narrativas entre las crónicas de Ayala y los Romances de Don Pedro. En este caso tenemos temas claramente romancísticos —tales como el *Romance del pastorcico profeta* y el *Romance del clérigo profeta*— que aparecen en la prosa medida y calculada de Ayala. Al revisar los datos en detalle, pues, no sorprende que Entwistle llegó a la conclusión de que Ayala de vez en cuando utilizó las noticias contenidas en los romances noticieros, que algunos de estos ya se cantaban durante la década 1358-69, y que los demás nacieron por los años 1386-88 (14).

Según lo dicho hasta ahora, es de suponer que los romances noticieros fue-

ron compuestos a raíz de los sucesos y que existían antes de que las narraciones de las crónicas fuesen escritas. La prueba me parece que lo tenemos en la *Crónica de Miguel Lucas de Iranzo*. Comentando el éxito de una entrada del condestable en tierra de moros en 1462, el cronista dice: «e por tan grande fué avido este fecho, quel rey nuestro señor, porque mayor memoria quedase, le mando façer vn romance, el qual a los cantores de su capilla mandó asonar, que dice en esta manera: *(falta) (en blanco; faltan, de antiguo, cuatro folios)*» (15). Es decir, a raíz de la entrada en tierra de moros, se compuso un romance fronterizo o noticiero, y más tarde el cronista lo integró en su narración (aunque desgraciadamente el texto desapareció después).

Con todo esto no quisiera negar que los romances fronterizos no tuvieran valores eternos que pudiera atraer a la gente durante muchos siglos, ni que constituyeran una poesía que vive en variantes. Pero es que existen versiones de estos romances que, datando del siglo XVI, no dista mucho de los acontecimientos que nos interesan.

En segundo lugar, los romances fronterizos o noticieros se refieren a personas y sucesos concretos y no a temas y cuentos generales —y por esto se prestan no a un análisis estructuralista sino a un análisis histórico y tal vez semiológico. En *El Nombre de la Rosa* Guillermo de Baskerville hace una distinción entre dos tipos de signos. Hay signos como *Blitiri* o *bu-ba-faff* que no tienen sentido, pero hay otros signos más precisos que le incitan a descubrir la única persona o cosa capaz de crear estos signos. Y para hacer esto tiene que entender la relación entre signos (16). Pasa lo mismo con nuestros romances. Abenámbar, Fajardo y el adelantado Diego de Ribera, por ejemplo, han dejado signos en los romances, signos que no van a surgir en Dinamarca, que no pueden existir sino en un contexto histórico determinado. Es preciso saber quienes son estos personajes, los únicos, capaces de dejar estos signos. Como ha demostrado Torres Fontes, el *Romance del juego del ajedrez* no puede referirse al adelantado Pedro Fajardo, y la mejor fecha indicada es 1457. «Sólo hay un Fajardo capaz de llenar por completo el papel representado por el personaje que juega a Lorca por Almería, y este es precisamente el alcaide de Lorca, Alfonso Fajardo, y en Lorca fue su mayor poderío y su mayor derrota. Sus tratos con los granadinos fueron constantes y el desarrollo del romance demuestra claramente una estrecha y firme amistad con los moros granadinos» (17). De semejante manera Torres Fontes ha demostrado que parece poco probable que Abenámbar pudo ser Yusuf ibn al-Mawl (es decir Yusuf IV), porque de hecho había un Abenámbar determinado y concreto e histórico —uno de aquellos moros que estuvieron a sueldo de la corona castellana desde 1431 a

1426 (18).

Pero aún suponiendo la importancia de estos personajes y acontecimientos históricos en los romances ¿qué vamos a hacer con las frases hechas, las fórmulas, y los recursos artificiosos de la técnica narrativa? Según las investigaciones recientes de un erudito danés, dedicándose a la tradición escocesa, estas frases hechas no son meramente fórmulas —sino que sirven para indicar un contexto determinado, o el ambiente en que se integran los sucesos, o lo que va a pasar dentro de un momento etc. (19). Como ejemplo pongo el romance que empieza de la manera siguiente:

<i>La mañana de San Juan</i>	<i>al punto que alboreaua,</i>
<i>gran fiesta hazen los moros</i>	<i>por la bega de Granada;</i>
<i>revolviendo sus caballos</i>	<i>y jugando de las lanças;</i>
<i>ricos pendones en ellas</i>	<i>labrados por sus amadas,</i>
<i>ricas aljubas bestidas,</i>	<i>de sedas y finas granas,</i>
<i>ricos alborozes puestos,</i>	<i>textidos de oro y plata.</i>
<i>El moro que amores tiene,</i>	<i>señales d'ellos mostraua,</i>
<i>más quien amores no abia,</i>	<i>allí no escaramuçaba...</i>

De este trozo del romance quisiera subrayar ciertos elementos determinados 1. La fórmula «La mañana de San Juan» 2. El hecho de que se trata de una hora determinada: «al punto que alboreaua» 3. Es día de gran fiesta: «gran fiesta hazen los moros» 4. Los moros participan en unas actividades —«revolviendo sus caballos y jugando de las lanças»— que van definidas como escaramuzas («mas quien amores no abia, allí no escaramuçaba»).

Ahora bien, la fórmula «de la mañana de San Juan» no puede ser un recurso por parte del cantante para reposar en medio de la narración y para pensar en cómo seguir —porque es, de hecho, la primera línea del romance. Al contrario, la frase se refiere a las fiestas populares del solsticio de verano— fiestas celebradas con igual entusiasmo por moros (*Ansara* en hispano-árabe) y cristianos (20). Vale la pena ver como se celebraban estas fiestas en Jaén según la *Crónica de Miguel Lucas de Iranzo* (21). En primer lugar las fiestas espléndidas del día de San Juan empezaron *al punto que alboreaba*:

... tres oras *antes que amanecièse*, toda la casa del palacio y la plaza que esta delante della... se barria muy bien barrido y regado... E luego los tronpetas bastardos e ytalianos... en ordenada manera tocando *dos oras antes que amanecièse*, daban una vuelta por la çibdad çitando o recordando los caballeros a cabalgar.

De donde, boluiendo... estaban tañiendo fasta que el dicho señor Condestable se levantava y cabalgava, *meia ora antes que amanesciese*, muy gentilmente vestido y *tocado a la morisca*, en un byen lindo caballo de la gineta.

De los elementos del romance, pues, ya tenemos la *mañana*, no el día, de San Juan, tenemos el principio de una gran fiesta, y sabemos que el condestable y los caballeros de Jaén se preparaban para estar listos *al punto que albo-reaba*. Que ¿qué hacían? Mientras que el condestable y los caballeros tomaron el camino del río, donde se enramaban de flores y ramos, los caballeros que se habían quedado en la ciudad salieron a recibir al condestable fingiendo ser moros. Entonces, reflejando otro elemento del romance, estos cristianos y «moros» trababan una hermosa escaramuza: «a veces arremetiendo los unos y fuyendo los otros, otras veces *bolviendo* los que fuyan sobre los que ivan tras ellos» —lo cual me parece una descripción perfecta de lo que dice el romance: «revolviendo sus caballos». Queda solamente un elemento del romance —es decir, «y jugando de las lanças»» Según la crónica, el condestable y los caballeros de Jaén venían del río «escaramuçando», y al llegar al mercado del arrabal jugaban a las cañas. Y, claro está, en una fiesta de este tipo, «jugando de las lanças» sería en efecto jugando de las cañas. La coincidencia entre la crónica y el romance es tan impresionista, pues, que resulta evidente que en este caso la frase «La mañana de San Juan», lejos de ser una frase hecha o fórmula, solamente tiene sentido en un contexto histórico andaluz y fronterizo.

Sin embargo todavía quedan obstáculos para el historiador. Dado la existencia de unos personajes históricos —Pedro el Cruel, Abenámar, Fajardo el Bravo— ¿cómo explicar los sucesos que no solamente parecen dudosos sino hasta imposible? ¿Jugaron de hecho al ajedrez Fajardo y el rey moro? ¿Cómo podía la ciudad de Granada sostener un diálogo con Juan II? Para resolver estos problemas creo que es necesario examinar las características del público oyente.

El cantante de un romance actuaba de cara en cara en frente de un público oyente. Este público, seguramente iliterato, constituía un elemento imprescindible en la tradición pequeña. El romance pertenecía tanto a este público como al cantante y su contenido quedaba mediatizado entre el cantante y los que escuchaban. Entonces para establecer a quienes pertenecían las narraciones, actitudes, y creencias de los romances, tenemos que definir al público oyente (22).

Aunque los romances expresaban actitudes y creencias colectivas, no lo hacían a una escala nacional (23). Así, como notó Entwistle, el *Romance del*

cercos de Baeza trata de asuntos locales, y en el *Romance de los jaboneros de Sevilla* no se oye nada de las facetas nacionales e internaciones de la revuelta de Juan de la Cerda (24). Y de hecho los sonidos de la sociedad oral y romancística, siendo limitados tanto en el espacio como en el tiempo, difícilmente podían llegar más allá del público oyente. Este más allá era un mundo relativamente oscuro y sin definición, y por eso un análisis del vocabulario socio-geográfico de los romances puede ayudarnos para llegar a una definición de esta sociedad.

Con los romances fronterizos no hay problemas porque los acontecimientos pertenecen precisamente a la vida de la frontera con Granada. Pero el vocabulario geográfico de los romances a noticia demuestra que estos también pertenecían al mundo andaluz. «Castilla» y «Francia» son sitios indeterminados que están más allá, regiones vagas que contrastan con lugares concretos como la puerta de Calonge en Baeza. Coimbra aparece en dos romances —el *Romance de don Fadrique* y *Entre las gentes se suena* pero en ambos casos Coimbra está allí («Yo me estaua alla en Coimbra») y el aquí del narrador es Sevilla, la puerta Macarena, etc. Incluso cuando el rey Don Pedro se encuentra con el clérigo profeta cerca de Najera se da la sensación de un allí indeterminado —«... esa tierra de Najera en campo que Azofra es dicho»— que contrasta con un mundo geográfico bien conocido del «aquí» de los romances: Lorca, Baeza, Río Verde, Granada, la puerta Elvira, etc. (25).

Esta parcialidad geográfica de los romances lo notó Entwistle en cuanto a los romances del rey Don Pedro, pero lo explicó en términos de la importancia de Sevilla y por el hecho de que la corte real se encontraba a menudo en el sur (26). Sin embargo, teniendo en cuenta la totalidad de los romances que nos interesa difícil es de explicar los acontecimientos romancísticos de Jaén, Baeza, y Lorca por la importancia de Sevilla. Además, aunque Pedro el Cruel tuviera una predilección para Sevilla, no se puede decir lo mismo de algunos otros reyes de la Castilla bajomedieval. Y si la presencia de los reyes y la importancia política de la corte real constituyeron un elemento de tanto peso en el romance ¿por qué no tenemos romances a noticia sobre sucesos norteños de gran peso como, por ejemplo, las batallas de Aljubarrota y Orléans? Debemos concluir, pues, que el contexto geográfico de los romances fronterizos y noticieros era la sociedad de la frontera. Y para delimitar aún más al público oyente es preciso subrayar la visión limitada de los romances.

Volviendo al papel de los reyes en los romances, llama la atención el hecho de que el rey castellano casi no aparece en el romancero sino cuando está personalmente presente en Andalucía —y de hecho el *Romance de Abernámbar*

(Amberes 1550) le designa a Juan II como «rey del Andalucía» (27). En cambio los que predominan son nobles fronterizos como Saavedra y Fajardo. Y es más, yo calculo, que, en un sentido «oficial» y teniendo en cuenta las treguas, había nada menos que 85 años de paz fronteriza y sólo 25 años de guerra oficial entre 1350 y 1460. Ahora bien los romances fronterizos, con pocas excepciones, corresponden a estos 25 años de guerra. Y los muy pocos que corresponden a los años de paz (o de guerra atenuada) —como el *Romance del cerco de Baeza* y el *Romance del juego de ajedrez*— no se refieren tanto a enfrentaciones entre moros y cristianos sino a crisis internas donde cristianos y moros se han aliado contra enemigos mutuos —el rey don Pedro, por ejemplo, aliado con Abdalla Mir, ataca a las fuerzas del Trastámara en Baeza; Fajardo el Bravo, enfrentado con Enrique IV, juega al ajedrez con su amigo el rey moro de Granada. Total que estos romances, aparte quizás del *Romance de Moraima*, no nos dicen nada sobre la sociedad fronteriza en tiempos de paz con sus alcaldes entre moros y cristianos, alfaqueres, rastreros, etc. (28).

Ahora bien, aunque Juan de Mena nos ha dejado una referencia a los rústicos y los romances (29), no es de suponer que el romancero florecía solamente entre los campesinos analfabetos. La sociedad de los iliteratos o semi-literatos tenía sus jerarquías, incluyendo a los nobles y caballeros. Y dado que los romances parecen ser dominados por un ambiente caballeresco, no creo que sería arriesgado afirmar que pertenecían a lo que se ha llamado *lineage culture* (cultura de linajes) (30). Al fin y al cabo los linajes y bandos eran elementos básicos de la estructura social andaluza (31). Ya hemos visto que Enrique IV «mandó fazer un romance» para celebrar un episodio fronterizo de 1462. De igual manera, y teniendo en cuenta los valores contenidos en los romances fronterizos, es de suponer que muchos de ellos fueron compuestos por ministriles al servicio de los linajes y bandos (32). Esto es lo que indica López de Coca en cuanto al *Romance del Río Verde*. En realidad Juan Arias de Saavedra no murió como mártir en Granada pero, no teniendo noticias sobre el destino del prisionero, alguien relacionado con el linaje de los Saavedras compuso un romance en que le daba por muerto en circunstancias que le hacían honor (33). Todo lo cual no quiere decir que los fronterizos serían incapaces de admirar a sus enemigos. Se ha sostenido a menudo que abundan romances que narran acontecimientos desde el punto de vista de los moros (34). Se ha afirmado incluso en el *Romance de Abenámar* fue compuesto por un moro latino y que el *Romance de Moraima* era una transposición de un cantarillo árabe (35). Y en realidad es de recordar que había muchos contactos e influencias mutuas entre cristianos y moros: solo hay que pensar, por ejemplo,

en Abenámbar y los caballeros moros que servían al rey Juan II; en los más de cincuenta caballeros e incluso lombarderos moriscos que aparecen en la sección «Quitaciones de Corte» del archivo de Simancas; en Pedro Venegas alias Gilayre; en la estancia de Hernando de Baeza en Granada, recogiendo sus historias de cristianos «pervertidos»; y en fin el caso del morisco Román Ramirez, procesado entre otras cosas por la Inquisición porque, con la ayuda del diablo, recitaba de memoria libros de caballería para un público oyente castellano y cristiano (36).

Finalmente, muy bien pudiera ser que en algunos casos los acontecimientos narrados en los romances pertenecen a la historia de las mentalidades más bien que a una historia de hechos auténticos. ¿Por qué no? Aunque los personajes y sucesos parecen formar una historia cantada, para el público oyente podrían haber sido algo como los *bonnes à penser* de Lévi-Straus —es decir, eran personajes y sucesos con que pensar sobre problemas más generales (37). Al fin y al cabo el lenguaje de los literatos, incluyendo a los historiadores, suele ser en muchos casos un lenguaje metafórico, lleno de conceptos abstractos. Pero los romances y los individuos del público oyente seguramente no utilizaban un lenguaje abstracto. Al contrario los conceptos abstractos, no se separaban de los personajes y acontecimientos son «cosas con que pensar» (*bonnes à penser*), y el problema para el historiador es el de liberar estos conceptos abstractos que van integrados en la acción narrativa del romance.

A mi parecer esto es lo que explica los sucesos en el *Romance de Abenámbar* y el *Romance del juego de ajedrez* —constituyen, en términos concretos y no abstractos, una especie de diálogo simbólico sobre lo que conceptualmente podríamos llamar «amor-rechazo». En el *Romance de Abenámbar* tres «personas» actúan simbólicamente: Juan II de Castilla, la ciudad de Granada (como mujer), y Abenámbar, hijo de un padre moro y una madre cristiana, mediando entre el rey cristiano y Granada. Ahora lo que se pretende es nada menos que un matrimonio entre Juan II y Granada:

«Si tu quisieses Granada, contigo me casaría»

Tal propósito, pues, simboliza la situación en términos de amor y matrimonio. Y es de notar la respuesta de Granada:

*«Casada soy, rey don Juan, casada soy, que no viuda;
El moro que a mi me tiene muy grande bien me quería».*

En efecto Granada no dice que quiere al moro, sino que el moro la quiere. ¿Y qué haría siendo viuda? Como dice muy bien Bénichou: «Estos versos no re-

presentan un episodio particular...; convierten en poesía un modo de sentir cristiano» (38). De la misma manera el juego de ajedrez entre Fajardo y el rey moro demuestra, de una manera concreta y simbólica, la intimidad y la amistad entre los dos. Pero como en el Romance de Abenámar esta familiaridad, amistad, y amor tienen sus límites. Según Granada:

«El moro que a mi me tiene bien defenderme querría»

Fajardo, refiriéndose a Lorca, dice más o menos lo mismo al rey moro:

«Caballeros tengo dentro que te la defenderán».

Estos dos romances, pues, no son ejemplos de historia cantada, narrando acontecimientos auténticos de una manera cronológica. Al contrario, nos hablan de algunos sucesos que han ocurrido como en un sueño intenso —sucesos y personas que son *bonnes à penser* (39). Pero también constituyen historia— historia de las mensualidades, historia de la frontera.

NOTAS

- (1) Ver Angus MACKAY, *The Ballad and the Frontier in Late Mediaeval Spain*, «Bulletin of Hispanic Studies», LIII (1976), pp. 15-33.
- (2) Para lo que sigue y para una buena discusión de este modelo, formulado inicialmente por el antropólogo Redfield, ver Peter BURKE, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, 1978, pp. 23-64.
- (3) BURKE, *Op. cit.* p. 87.
- (4) Ver, por ejemplo, D.W. FOSTER, *The Early Spanish Ballad*, New York, 1971, p. 102.
- (5) Para una elaboración más detallada de estas ideas ver BURKE, *Op. cit.*, cap. V «Traditional forms». Para las transformaciones de mitos, temas de continua aplicación, etc. ver Claude LEVI-STRAUSS, *Mythologiques*, París, 1964-70, 4 vols.; Stih THOMPSON, *Motif Index of Folk Literature*, Bloomington, 1955-58, 6 vols.; Vladimir PROPP, *Morphology of the Folktale*, Austin, 1968.
- (6) Para lo que sigue, en cuanto al caso español, ver R.H. WEBBER, *Formulistic Diction in the Spanish Ballad*, Berkeley and Los Angeles, 1951.
- (7) Ver Milman PARRY, *Studies in the Epic Technique of Oral Verse-Making. I: Homer and Homeric Style*, «Harvard Studies in Classical Philology», 41 (1930), pp. 73-147; Milman PARRY, *Studies in the Epic Technique of Oral Verse-Making II: The Homeric Language as the Language of an oral Poet*, «Harvard Studies in Classical Philology», 43 (1932), pp. 1-50; Albert B. LORD, *The Singer of Tales*, New York, 1960; David BUCHAN, *The Ballad and the Folk*, London, 1972.
- (8) C.C. SMITH *On the Ethos of the romancero viejo*, «Studies of the Spanish and Portuguese Ballad», ed. N.D. SHERGOLD, London, 1972, pp. 5-24.
- (9) Diego CATALAN, *Siete siglos de romancero (Historia y Poesía)*, Madrid, 1969, pp. 15-56.
- (10) Ver Ramón MENENDEZ PIDAL, *Obras completas de R. Menéndez Pidal*. Vol. XI: *Estudios sobre el Romancero*, Madrid, 1973, p. 166.
- (11) Para un resumen muy acertado sobre la importancia del testimonio de Hernando de Baeza, ver Juan TORRES FONTES, *La historicidad del romance Abenámbar*, *Abenámbar*, «Anuario de estudios medievales», 8 (1972-73), pp. 247-48.
- (12) José-Enrique LOPEZ DE COCA CASTAÑER, *De nuevo sobre el romance «Rio Verde, Rio Verde» y su historicidad*, «Actas del I Coloquio de la Historia de Andalucía (Córdoba, Noviembre 1979), Andalucía medieval», Córdoba, 1982, p. 16.
- (13) Para el texto del romance ver, por ejemplo M. MENENDEZ PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, 1945, VII, pp. 209-10. Para las crónicas, ver *Crónica del rey Don Juan el segundo*, B.A.E., vol. LXVIII, Madrid, 1953, pp. 528-29; Pedro CARRILLO DE HUETE, *Crónica del halconero de Juan II*, ed. Juan de Mata CARRIAZO, Madrid, 1946, pp. 232-33; Lope de BARRIENTOS, *Refundición de la crónica del halconero*, ed. Juan de Mata CARRIAZO, Madrid, 1946, pp. 203-4. Aunque las coincidencias entre el romance y las crónicas llaman la atención, es de notar que Juan de Guzmán no recibió el título de Duque de Medina Sidonia hasta febrero 1445. Es decir que tanto el romance como las crónicas, al referirse a dicho título y al narrar la muerte del padre en 1436, es obvio que lo hacían por lo menos nueve años después del acontecimiento.
- (14) William J. ENTWISTLE, *The «Romancero del rey Don Pedro» in Ayala and the «Cuarta crónica general»*, «Modern Language Review», XXV (1930), pp. 306-26. Aunque superado en algunos aspectos, este estudio de Entwistle todavía tiene mucho valor en cuanto a los problemas tratados aquí. Y es de recordar también, como apunta Entwistle (p. 309), que Ayala mismo advirtió que utilizó fuentes orales: «otrosí de lo que acaece en mi edad é en mi tiempo en algunas partidas donde yo no e estado, é lo supiere por verdadera relación de señores e Caballeros, é otros dignos de fé de creer, de quines lo oi...»

- (15) Las palabras en letras itálicas entre paréntesis son del editor: ver *Hechos del condestable Don Miguel Lucas de Iranzo (Crónica del siglo XV)*, ed. Juan de Mata CARRIAZO, Madrid, 1940, p. 90. Menéndez Pidal enfatizó la importancia de estos datos sobre el romance desaparecido: «Este romance es el primer caso en que claramente vemos el propósito oficial de noticiar al pueblo los sucesos de la frontera...» Ver R. MENENDEZ PIDAL, *Romanero hispánico*, Madrid, 1953, II, p. 24. Agradezco al Profesor Colin Smith por haberme facilitado esta referencia.
- (16) Me refiero desde luego a la novela de Umberto Eco. He utilizado la versión inglesa: ver Umberto ECO. *The Name of the Rose*, London, 1984, pp. 106-317.
- (17) Juan TORRES FONTES, *El Fajardo del «Romance del juego del ajedrez»*, «Revista bibliográfica y documental», 2 (1948), pp. 305-14.
- (18) Juan TORRES FONTES, *La historicidad del romance «Abenámar, Abenámar»*, pp. 225-56.
- (19) Ver el libro reciente e importante de Fleming G. ANDERSEN, *Commonplace and Creativity: The Role of Formulaic Diction in Anglo-Scottish Traditional Balladry*, Odense, 1985.
- (20) Ver el interesante estudio por ARMISTEAD y SILVERMAN «*La Sanjuanada*: ¿Huellas de una harga en la tradición actual?», en Samuel G. ARMISTEAD y Joseph H. SILVERMANN, *En torno al romancero sefardí (Hispanismo y balcanismo de la tradición judeo-española)*, Madrid, 1982, pp. 13-22.
- (21) Para lo que sigue, ver *Hechos del condestable Don Miguel Lucas*, pp. 170-72.
- (22) A. MACKAY, *Op. cit.* p. 17.
- (23) *Ib.*, pp. 17-18.
- (24) ENTWISTLE, *Op. cit.*, p. 307; Diego CATALAN, *Los jaboneros derrotan a Don Juan de la Cerca (1357)*, *Op. cit.*, pp. 57-81.
- (25) A. MACKAY, *Op. cit.* pp. 17-18.
- (26) ENTWISTLE, *Op. cit.*, p. 322.
- (27) *Cancionero de Romances*, Anvers, 1550, ed. Antonio RODRIGUEZ—MOÑINO, Madrid, 1967, pp. 246-47.
- (28) Ver MACKAY, *Op. cit.* pp. 19-27.
- (29) MENENDEZ PIDAL, *Op. cit.*, pp. 420-23.
- (30) Ver M.E. JAMES *The Concept of Order and the Northern Rising of 1569*, «Past and Present», 60 (1974), pp. 49-83.
- (31) Ver, por ejemplo, el estudio muy bueno de M.C. QUINTANILLA PASO, *Estructuras sociales y familiares y papel político de la nobleza cordobesa (siglos XIV-XV)*, «En la España Medieval», III (1982), pp. 331-52.
- (32) MACKAY, *Op. cit.* pp. 17.
- (33) LOPEZ DE COCA, *Op. cit.* pp. 16-17.
- (34) SMITH, *Op. cit.* pp. 10-18.
- (35) En cuanto al *Romance de Abenámar* ver el resumen de opiniones dado por P. BENICHOU, *Creación poética en el romancero tradicional*, Madrid, 1968, p. 71, nota 21. Para el *Romance de Moraima*: J.M. SOLA-SOLE, *En torno al romance de la morilla burlada*, «Hispanic Review», 33 (1965), pp. 136-46.
- (36) TORRES FONTES, *La historicidad del romance «Abenámar, Abenámar»*; AGS, *Quitaciones de Corte*, leg. 1, ff. 9r-36r. L.P. HARVEY, *Oral Composition and the Performance of Novels of Chivalry in Spain*, «Forum for Modern Language Studies», X (1974), pp. 270-86.
- (37) Para esto, y para lo que sigue, ver MACKAY, *Op. cit.* pp. 22-23.
- (38) BENICHOU, *Op. cit.*, p. 91.
- (39) MACKAY, *Op. cit.*, p. 23.